

Universidad e integración Latinoamericana

EDUARDO C. SCHAPOSNIK*

Aun manteniéndose los países jurídicamente disgregados, América Latina constituye una entidad en el sentimiento de todos los pueblos. Lo que se ha hecho por la unidad real de los nuestros es poco, pero existe más allá de la decisión política de los gobernantes una unidad espiritual que supera los factores y las acciones disgregantes que se ejercen desde las potencias hegemónicas del mundo. La adversidad es el signo dominante, que tanto podría conducir a guerras fratricidas como a una acción más solidaria. El movimiento de la Reforma Universitaria de 1918 fue una excepción en nuestra visión atlántica del mundo. Del otro lado del océano estaba la cultura, el mundo ideal que constituía nuestro modelo. Para los argentinos, y también para otros pueblos, la tendencia europeizante ha sido el resultado de una larga serie de actitudes que fueron consolidando la idea de pertenencia. El manifiesto dirigido a los hombres libres de Sudamérica no pasaba de ser una visión romántica, que no fue acompañada por hechos. La Federación Universitaria de Córdoba¹ señaló que el nuevo ciclo de civilización que se iniciaba se radicaría en América porque los factores históricos así lo indicaban y eso iba a determinar un cambio total de los valores humanos. “Estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”.

El tiempo ha pasado y las investigaciones sobre la realidad de América Latina cruzan por una serie de parámetros muy distintos. Debe separarse lo que ha sido la retórica que ha ocultado la realidad

* Director del Instituto de Integración Latinoamericana, de la Universidad Nacional de La Plata.

1. Julio González, *La universidad, teoría y acción de la reforma*, Buenos Aires, Ed. Claridad, 1945.

y descubrir las lacras que azotan a nuestros pueblos y que impiden al subcontinente cumplir con el destino que se preveía tan promisorio. Lo que más se ha hecho es el diagnóstico de la realidad, en cada momento con una especie de fruición y masoquismo, obteniéndose diversas versiones del estado según la ideología de cada uno. Por eso aún sigue siendo necesario que la universidad establezca las verdaderas causas del subdesarrollo, sobre todo para formular sus propias teorías acerca de un programa de acción. Nada es desechable en el conocimiento humano, pero durante muchos años hemos encorsetado nuestro pensamiento por versiones extrañas a nuestra realidad. En materia económica podríamos citar una serie encadenada de conocimientos, que nos han llevado a aceptar como verdades imposiciones del mundo central. Como dijera un destacado autor, la división del trabajo que nos han impuesto es algo así como los distintos roles que se establecen entre el jinete y su caballo, luego hay teorías que han tratado siempre de explicar que el caballo, en este caso, son los pueblos dotados de "incapacidad" y "pereza", que no tienen otro destino que ser llevados de la mano por otros pueblos con mayor espíritu de empresa y creatividad.

Estamos esperando el fruto de nuestras universidades en investigaciones y libros que expongan el pensamiento latinoamericano en ciencia económica o política, tratando el tema como una unidad regional y no como agregado de análisis nacionales. La prospección de nuestros recursos también ha sido hecha desde afuera con una visión de los requerimientos de la industria ajena, pero nuestro continente está esperando un balance de su activo que es todavía desconocido. Podemos afirmar que no sólo no existen geógrafos especializados en Latinoamérica, sino que no existen geografías latinoamericanas.

GUSTAVO LAGOS² se planteaba una exigencia para la universidad que era la de determinar la imagen que tenemos de nuestros países para las próximas décadas y cómo sería el concierto internacional en el que se insertaría América Latina. Sólo a partir de una concepción clara del lugar que ocupamos en el universo podremos (y podrán los políticos y los gobiernos) formular políticas adecuadas para el mediano y el largo plazo.

2. Gustavo Lagos, "La cooperación universitaria y la integración latinoamericana", en *Revista de la Integración*, Buenos Aires, INTAL, 1967, núm. 4.

El análisis universitario de la integración puede ser considerado desde dos ángulos bien diferenciados: como ciencia o parte de una ciencia, en la que formulamos hipótesis y propuestas para llevar adelante la idea, y como política universitaria, para afirmar la formación cultural, la idea de identidad y la labor común entre las altas casas de estudio de los países de la región. Independientemente de la contribución al desarrollo programático, la universidad en sí es un factor importante de unión entre los pueblos. Tiene por misión transformar al ciudadano de un país en el ciudadano de la nación latinoamericana.

La unidad de los pueblos a través del aspecto cultural no se logra únicamente a través de la educación formal. La persecución política ha contribuido a crear la conciencia latinoamericana por el traslado masivo de exiliados y también por la difusión de nuestra literatura, sin contar con la presencia de radios de frontera y del intercambio entre poblaciones de las periferias geográficas de los países. Cada período ha tenido además los mentores de la integración a través de la literatura que forma parte de lo que consideramos la autenticidad cultural de Latinoamérica. Los pueblos tienen incorporados valores que devienen de una larga tradición, que se traduce en una serie de normas éticas, de principios de solidaridad, de objetivos comunes, de sentimientos parecidos, una idea similar de la justicia frente al despojo de que son víctimas los pueblos.

Sin embargo, pese a las hermosas declaraciones del mundo literario, la tendencia disgregante se acentuó después de la independencia política de las colonias, porque España no se caracterizó por afianzar la unidad de las colonias entre sí, y posteriormente los imperialismos, especialmente Inglaterra, se encargaron de ocupar el vacío de poder dejado por España, tratando de imponer ideologías, normas de conducta y de cultura y su predominio económico y político. Había algo de artificial en toda esa amalgama de actitudes y copia de modelos ajenos. JOSE MARTI³ definía a los latinoamericanos de una manera pintoresca: "Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montonera de España". Es evidente que sabíamos, además, más de esos pueblos que de nuestros países hermanos. La información de

3. José G. Moreno de Alba, "Discurso pronunciado por el Dr. José G. Moreno de Alba", en *Balance y perspectiva de los estudios latinoamericanos*, México, UNAM, 1985.

Europa llegaba y podríamos hablar de la situación política de las naciones rectoras del mundo, pero desconocíamos casi totalmente lo que ocurría a nuestro alrededor. Aún hoy existe una muy limitada relación entre las casas de cultura de diferentes países latinoamericanos, y los estudiosos e investigadores ambicionan más ser conocidos en los medios internacionales de prestigio que en países de segundo orden.

La identidad pasa por la existencia real de una cultura latinoamericana. Para diversos autores esa cultura existe, pero hay que perfilarla y no está virgen de influencias ajenas. América Latina constituye una realidad, más allá de las frases retóricas de nuestros poetas y literatos. LUIS ALBERTO SANCHEZ⁴ es uno de los estudiosos que más se ha cuestionado esta unidad y que llega por caminos propios a la idea de la identidad cultural: "Hemos ventilado problemas de la originalidad, lo cual presupone el de la existencia. Dos grandes vertientes conforman el ser latinoamericano, dos que pueden ser tres en ciertas zonas del Trópico. Este solo enunciado obliga a considerar como definitorio al elemento telúrico o geográfico, digámoslo mejor, el elemento regional.

"Descartamos que en la actualidad haya un solo tipo de originalidad latinoamericana: negro y blanco en las Antillas; india y español en otra zona andina y México centroamericano; español y europea en las comarcas del Plata.

"¿Debería inferirse de ello que el mestizaje sea el crisol característico de tal cultura? Diríase que sí. Mas ¿cuál no es el mestizaje o simbiosis antropológica y culturalmente hablando? Y si nos referimos a los ingredientes fundamentales de la nuestra (el indio, el español, el negro, el europeo), ¿acaso cada uno de ellos no es a su tiempo fruto mestizo?

"La magnitud e intensidad de tales aportes, la fusión de ellos, unificados en una personalidad cada vez más acusada y autónoma; el fluir de corrientes análogas en otros países del Continente, y la posibilidad de clasificar las culturas nacionales (si las hay) por zonas o regiones (por ejemplo, la del Plata, la andina, la caribe, la México centroamericana y la brasileña, enumeración de ningún modo

4. Luis A. Sánchez, "La cultura latinoamericana", en *Revista Universidades*, México, UDUAL, 1968, núm. 32.

exhaustiva sino de una simple proposición o tanteo) reduciría por ahora, dentro del marco que la UNESCO nos impone a las expresiones literarias y plásticas”.

Contemplando nuestra tierra, ajena a veces a las inquietudes americanistas, descubrimos una serie de características que derivan de nuestro origen. La etapa colonial se caracterizó por la explotación irracional del indígena, sacrificando la vida autóctona. Dice DEODORO ROCA⁵ que lo que no se destruyó en nombre del trono, se aniquiló en nombre de la cruz. Desde entonces los pueblos americanos hemos sido constantemente explotados y desculturizados. En general se habla de Latinoamérica, pero no se la siente con afán de pertenencia. De ahí que el trabajo de la educación tenga características especiales.

Determinar la identidad cultural es un paso muy importante para concretar la integración latinoamericana. Que se reconozca esa identidad constituiría un punto de partida importante en la toma de conciencia.

Lo que hemos podido apreciar hasta ahora, a través del sistema educativo, ha sido una relación vertical de nuestros países con el sistema central. Somos hermanos de otros pueblos, pero la relación es a través de la organización vertical con la metrópoli. Lo que la educación tiene que revertir precisamente es este concepto estereotipado en la historia que se nos ha enseñado y volcar todos los esfuerzos para lograr establecer una relación horizontal que contemple los intereses de la propia Latinoamérica, frente a tantos esfuerzos por mantener a los países en un estado de dependencia. Esto implica cambiar los métodos y contenidos de la enseñanza de la historia, porque no basta esa historia oficial de sojuzgamiento y de hechos de guerra. Esa es la razón de la necesidad de crear centros de estudio latinoamericanos, de los que carecemos en forma casi total. La falta de identidad incide para que se nos considere una cultura de segunda clase, para que no tengamos unidad en las posiciones, y, ante los organismos internacionales, nos mantengamos desunidos porque estamos en permanente estado de recelo respecto de los países amigos, ya que este recelo y la envidia nos anulan y neutralizan como

5. Deodoro Roca, “La reforma funda un partido” (en Juan C. Portantiero), *Estudiantes y política en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1978.

fuerza internacional. Como dice GODOY⁶ es lo que se llama *la suma cero de América Latina: un latinoamericano más un latinoamericano es igual a cero, porque es uno más menos uno; nuestros votos se neutralizan como si estuviéramos ausentes.*

Todo esto requiere una elaboración hasta ahora no realizada. Hay que acordar que los países latinoamericanos son muy distintos, y que tienen idiosincrasias propias a pesar del origen común. A partir de esa realidad surge el papel de la universidad para crear sentimientos de solidaridad entre los pueblos a fin de que se logre formar un acervo histórico y cultural común. Hay una serie de esfuerzos por realizar para que se concrete la integración y a ello nos referiremos un poco más adelante.

Varias etapas se deben cumplir en la Universidad, además de las que se ejecuten en otras áreas. Comencemos por la investigación: se refiere tanto a los aspectos culturales como a las estrategias políticas por emplear. La investigación no puede emprenderse sin educación, porque tenemos que formar nuestros científicos, ya que la integración no se hará con conceptos, técnicas ni hombres de otras latitudes. La producción de científicos en esta área es muy reducida. Las universidades pueden dar de sí diversas actividades de complementación educativa, desde generar un conocimiento mutuo hasta elaborar nuevos textos con enfoques propios. Dentro de esos límites pueden intercambiar alumnos, profesores o científicos; pueden coordinar investigaciones o entidades plurinacionales para el estudio conjunto de determinados problemas; pueden proveer información sobre los trabajos ejecutados y los emprendidos mediante bancos de datos. La realización en cada país de una parte del trabajo programado en conjunto puede traer innumerables ventajas, porque por diversas razones un país puede estar en mejores condiciones que otro para emprender la investigación de algunos aspectos parciales. Pero existe un tema que no ha sido encarado aún: hay escasez de libros de información común al alcance popular y hay una propensión a utilizar libros de terceros países de autores no identificados con la temática latinoamericana. Esto acentúa la dependencia, y produce al mismo tiempo la disociación. La tarea debe comenzar por la investigación y seguir por la coordinación, la publicación y la distribución, aspectos muy descuidados en nuestra región.

6. Horacio Godoy, *Dependencia y subdesarrollo en América Latina*, Chile, FLACSO, 1970 (mimeo).

Todos los días se está trabajando en las universidades con ideas que están desintegrando las voluntades y el continente está sembrado de prejuicios antiintegracionistas. No sólo la integración no constituye el eje de la educación de cada universidad o de las facultades, sino que las fuerzas que operan en contra parecen ser superiores cuantitativamente. En todo caso para la universidad pareciera que las metas de la integración son exclusivamente económicas y no culturales. FELIPE HERRERA⁷ señaló que “la Universidad latinoamericana debe formar no solamente a los profesionales y los técnicos que han de realizar la obra de la integración sino los ideólogos, los sociólogos y los políticos que nutran el proceso económico y social del espíritu y de la mística que la gran empresa de la integración requiere, y que proyecten y creen las nuevas instituciones orientadoras y reguladoras del proceso de regionalización”.

Hay dos formas posibles de actuar de parte de la universidad para formar el sentimiento nacionalista latinoamericano: uno positivo, creando una conciencia social, racial o cultural, y otro por negación exponiendo las formas de salir del miedo y de la postergación, de los intentos de separación de nuestros pueblos. En cuanto al aspecto positivo, dice GONZALEZ GINOUVES⁸ “este sentimiento latinoamericano no será robusto ni adquirirá vitalidad mientras no se penetre en la conciencia de los pueblos, mientras que no consiga que cada latinoamericano se sienta solidario de los demás ciudadanos del continente en algo pretérito, presente y futuro. Sólo sobre la infraestructura de una conciencia latinoamericana sentida, de una confraternidad sólida y deseada por los pueblos y los individuos, podrá enraizar, con miras a durar y resistir los embates y fracasos, una integración económica, comercial, política, cultural y hasta geográfica”.

Es importante hacer una compulsa en las universidades y en cada facultad acerca de la existencia de bibliografía local sobre la integración latinoamericana, las investigaciones que se realizan sobre ese tema, las menciones que hacen en los programas de cada materia. En principio, en los organismos propios de la integración

7. Ignacio González Ginouves, “La universidad como instrumento de integración”, en *Revista Universidades*, México, UDUAL, 1970, núm. 41.

8. *Ibid.*

existe limitada bibliografía que trate el tema de la integración cultural. En los dos casos las omisiones son significativas. Si realizáramos una compulsa de los gastos gubernamentales en materia de aportes a institutos de integración, el resultado sería nulo. Todos somos conscientes de que la integración debe comenzar por las aulas, pero poco se ha hecho tanto por los gobiernos como por las autoridades universitarias. En todas las reuniones internacionales dedicadas al tema debieran estar presente educadores que contribuyan a formular planes comunes y a esbozar políticas educativas de integración.

Históricamente han sido los ejércitos y los caudillos los que provocaron la desintegración, pese a que los libertadores lucharon por la unidad. La tarea de reunión corresponde a la educación. En los últimos años los que acentuaron la desintegración han sido los dictadores militares, quienes a través de la doctrina de la seguridad nacional y de sus aspiraciones geopolíticas crearon recelos en los países vecinos. Por eso resulta indispensable hacer un replanteo histórico en nuestros países, pues siguen existiendo una serie de prejuicios que impiden la unión franca de los pueblos. En el campo universitario, en cambio, existen muy buenos antecedentes de una tendencia integracionista. Muchos alzamientos juveniles se hacen con el grito de la unidad continental. Durante el período de la segunda guerra mundial, el peligro nazista unió a las universidades latinoamericanas y en la década de los sesenta y los setenta los movimientos universitarios de los países con sistemas democráticos protestaron por el allanamiento de la autonomía universitaria y las persecuciones en las universidades de los países donde existían gobiernos militares. La UDUAL (Unión de Universidades de América Latina) ha sido un foro que permanentemente ha luchado por la libertad de las universidades en todos los países.

Pero en la universidad actual se pone el énfasis en las instituciones y las teorías de los países desarrollados, especialmente de Estados Unidos y de Europa. La historia y la geografía de América Latina son soslayadas o mal enseñadas, con un criterio nacionalista agresivo para los países hermanos. LUIS ALBERTO SANCHEZ⁹ señala una serie de falencias en la enseñanza, considerando que se descuidan aspectos como Sociología, Antropología, Ciencias Naturales, Dere-

9. Luis A. Sánchez, "La universidad y la integración latinoamericana", en *Revista Universidades*, México, UDUAL, 1968, núm. 30.

cho, Historia y Problemas Económicos de América Latina. No hay estudios adecuados de Legislación Comparada Latinoamericana, no se realiza el estudio de los tratados internacionales de nuestros países.

Planteadas controversias geopolíticas por los Estados Unidos, nos damos cuenta de que prácticamente no conocemos la realidad político-social o las económicas, de países que son actores de conflictos, como Nicaragua, Panamá, Santo Domingo o El Salvador. Los planteos modernos de integración no han penetrado en nuestras universidades sino marginalmente. El estudio de los fenómenos de la integración es una especialidad que requiere técnicos bien preparados.

Los gobiernos pueden dar saltos cuantitativamente sorprendentes en materia de integración al manejar las decisiones políticas, pero la integración real es lenta, porque es un producto elaborado e introducido en la comunidad por la educación. El camino político aparece como indispensable, pero tarda muchísimos años hasta que se adoptan decisiones. En cambio el camino de la educación es lento y progresivo, se incorpora a la cultura de los pueblos y permanece en ellos. La educación necesita de la acción política y la acción política de la educación.

La formación de la opinión pública continental es indispensable para oponerse al colonialismo y a la transnacionalización que se opera desde los centros de poder. Decía RUBEN DARIO¹⁰ que la generación de 1900 creyó románticamente que bastaba "creer en Jesucristo y hablar en español" para lograr la unidad. Ahora, pese a la unidad de lengua (salvo Brasil y Haití) o de religión, la realidad se ha encargado de mostrarnos que estamos unidos por la retórica, pero separados en la práctica por intereses materiales. Los cálculos económicos de quienes se interesan en estos aspectos, han operado en contra de la integración. Por eso es importante la acción de la universidad, en la formación de ciudadanos y líderes, y de una conciencia del conglomerado social, que constituye el elemento primero, para impulsar la unidad.

10. Luis A. Sánchez, *op. cit.*

LUIS ALBERTO SANCHEZ¹¹ dice que la universidad debe analizar el problema desde distintos puntos de vista:

- a) cómo juzga la integración el universitario;
- b) cómo puede contribuir a ella el universitario;
- c) cómo debe contribuir a ella el universitario;
- d) qué debe esperar de ella el universitario;
- e) qué espera la sociedad de un universitario formado dentro de un clima y sistema integracionista.

Se debe tomar para hacer la evaluación un universitario que esté en el promedio, pues siempre habrá criterios divergentes. Unos estarán en contra por ideología o por ignorancia, otros son indiferentes, otros aceptarán la unidad con criterios distintos. Ahora se plantea, por ejemplo, si es previo el desarrollo nacional o tal vez la integración con los Estados Unidos, antes que la unidad subregional. Algunos pensarán que basta el intercambio comercial, para dejar de ser un todo heterogéneo.

La universidad es la encargada de lograr la síntesis globalizadora, de crear una firme convicción y la conciencia integradora. Contribuye, como dijimos, a formar los líderes nacionales de donde emergen los gobernantes, los que tienen más facilidades a la vez para un intercambio de conocimientos con intelectuales de otros países; son los que pueden lograr más fácilmente homogenizar un pensamiento, intercambiar conocimientos, amalgamar los espíritus. Los conocimientos impartidos en la universidad formarán el elemento dinamizador y creador de ese sentimiento de regionalismo indispensable para triunfar en la idea.

Actualmente sólo la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad Central de Venezuela poseen cursos de maestría en Integración Latinoamericana. Es necesario fomentar los estudios en el pregrado y en el posgrado de las universidades de América Latina, realizar seminarios, encomendar investigaciones, realizar actos de reciprocidad con otras universidades. Es necesario reinterpretar y reescribir la historia, para que la enseñanza de esa disciplina no sea el recuento de los conflictos y actitudes negativas entre los pueblos. Hacer la civil, en lugar de la historia militar de las batallas. Hay un sano

11. Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*

nacionalismo y un chauvinismo desintegrador que conspira contra las posibilidades futuras de los países. No existían países más enconados que Francia y Alemania, separados por guerras y odios ancestrales y, sin embargo, fueron los artífices de la comunidad económica europea.

Una política que debe ser encarada por la Unión de Universidades de América Latina es la edición común de libros para estudiantes latinoamericanos, tal vez teniendo que encomendar la redacción a un conjunto de relevantes personalidades. Lo que puede ser más sencillo de organizar y posiblemente de una trascendente importancia es una agencia de distribución del libro latinoamericano, especialmente de los editados por las universidades, que carecen de un mercado común organizado. Esta es una empresa conjunta que puede movilizar capitales ya invertidos e inutilizados en la mayor parte de los centros de estudio. En cada país se deben arbitrar franquicias aduaneras, cambiarias y administrativas para que estos libros puedan circular libremente.

Nadie es capaz de imaginar las trabas que existen para la búsqueda de documentación o bibliografía sobre temas latinoamericanos en nuestros países. Existen barreras de todo tipo, que incluso se ponen en evidencia en las aduanas. Ni qué hablar de la equiparación de títulos ni del intercambio que se pueda realizar a nivel de alumnos o de docentes. En Europa unida se traslada el individuo con el título profesional, transportando el derecho adquirido en su universidad de origen. La ciencia no se puede universalizar en nuestros países mientras existan trabas de tipo policial para el libre desarrollo de los conocimientos.

Es claro que el tema de la integración es sólo parte de la tarea de una universidad, considerado como tema de estudio especializado. Lo que importa fundamentalmente es la orientación latinoamericanista que se debe imprimir a toda la currícula. No se trata de unificar la enseñanza en toda Latinoamérica, de lograr universidades iguales. Se trata de mantener las diferencias, pero con un pensamiento fundamental, que es fijar la mirada en un nacionalismo latinoamericano, que resalte los rasgos comunes existentes, que conlleve a una acción colectiva partiendo de hombres, modalidades e instituciones diferenciadas. Dentro de sus modalidades particulares debe buscarse la especialización, ahorrando esfuerzos y recursos escasos. "La integración supone un análisis acucioso y atento a los aportes de cada universidad, de cada región universitaria, de las universidades de

cada nación; se trata de un movimiento que lejos de pretender uniformar las discrepancias regionales, tratará de sintonizarlas, acordándolas sin destruirlas. De ahí, también, que el concepto de universidad nacional deba ser revisado a fondo. Para mi criterio allí responde a una acepción decimonónica, propagada en sus comienzos por el Tratado de Viena, y luego, por el de Versalles de 1918. Ese nacionalismo tiene dos caras: la una constructiva, en cuanto se esfuerza por definir y reforzar los caracteres propios de un Estado o Nación; y otro negativo u obstruccionista, que oculta el propósito de impedir las integraciones locales, regionales o continentales que podrían fortalecer el espíritu solidario con que los países chicos pueden oponerse a ser absorbidos por los Grandes Poderes de la Tierra”¹².

La misión de la universidad como integradora cultural es sustancial para formar la conciencia latinoamericana y, puede, sin creerse única depositaria de la razón, liderar el proceso de integración espiritual y cultural. Lo que sí puede afirmarse es que este proceso de unificación cultural no puede producirse al margen de las universidades, por la importancia que éstas revisten en la cultura de nuestros países. LA V ASAMBLEA GENERAL DE LA UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA¹³ votó una serie de recomendaciones, de las que transcribimos algunas por considerarlas plenamente vigentes:

“1. Que las Universidades de Latinoamérica tomen conciencia de la realidad histórica, social y cultural de sus propios países y estudien sus recursos y necesidades humanas.

“2. Como deber de las Universidades en América Latina el estudio de los valores culturales latinoamericanos, su promoción y difusión, tanto de sus creaciones como de sus hombres representativos, a fin de que se perfile la personalidad espiritual de América Latina y su función en la cultura humana universal.

“3. Para contribuir a la formación de la conciencia integradora de América Latina, se recomienda, que las universidades promuevan la

12. Luis A. Sánchez, *op. cit.*

13. UDUAL, “papel de las universidades en la integración espiritual y cultural de América Latina”, en *Universidades*, México, UDUAL, 1967, núm. 30.

revisión de los textos de historia de nuestros países, en todos los niveles.

“4. Que, además de coordinar el proceso de integración con los organismos ya existentes para la ciencia y la cultura, se institucionalicen en todas las universidades latinoamericanas organismos que la promuevan: Cátedras, Institutos, Oficinas de Relaciones Latinoamericanas, Seminarios Inter-Universitarios Internacionales.

“6. Que se creen asimismo centros de investigación de interés común a varias universidades y países.

“7. Que, a fin de conseguir la integración cultural, más sólida en América Latina, se promueva también la integración de las Instituciones Universitarias de cada país y a nivel regional.

“8. Que la integración no constituya una esquemática y empobrecedora síntesis de aspiraciones comunes, sino que se realice sin detrimento del tesoro cultural de cada país”.

En el orden a la investigación, la UDUAL preconiza la creación de un Centro Latinoamericano con vistas a la coordinación de los programas de investigación de América Latina.

Teniendo en cuenta el esfuerzo económico que están realizando los países latinoamericanos para mantener sus universidades y las necesidades insatisfechas en materia de investigación, que se supone debe ser materia de tratamiento especial de nuestras casas de estudio, todos los esfuerzos dispersos y duplicados constituyen un desperdicio que estamos lejos de poder realizar y que no se justificaría tampoco en países de mayor nivel de desarrollo. Es más, hay investigaciones que un sólo país no está en condiciones de emprender, por eso investigar en determinados campos de ser obra conjunta de dos o más países de la región. Sobre esto se ha hecho muy poco, pero en América Latina se gastan en conjunto abundantes recursos que es posible utilizar más racionalmente para llegar a rendir con un alto grado de eficiencia, tal vez en un nivel similar al de los países desarrollados que tanto se trata de imitar. Podría lograrse mediante el esfuerzo conjunto mantener institutos de investigación y de formación de investigadores en algunas ramas de la ciencia y en referencia a algunos problemas de índole regional.

En el campo de la docencia no es mucho lo que se ha hecho. Las universidades han trabajado muy poco en este tema y casi no se ha formado conciencia clara de su importancia.

En otros campos en materia de integración hay experiencias, que pueden considerarse malas, y por tanto en caso de encararse nuevas iniciativas en esta materia es necesario no reincidir en los fracasos. Los esquemas de integración latinoamericana, tanto la ALALC, como su sucesora la ALADI y también el GRAN han entrado en crisis y, como veremos más adelante, se trata de una crisis derivada del modelo adoptado. Parte del problema ha derivado del hecho de no haber sido tomados en cuenta obstáculos muy serios que han interferido y que no dudamos seguirán interfiriendo en experiencias posteriores. Para obviar esas dificultades, es necesario estudiar nuevos modelos y estrategias que permitan llevar adelante una efectiva integración.

Entre los obstáculos que interesa mencionar a esta altura del trabajo, hay algunas derivadas de presiones o supuestas presiones externas y de oposiciones internas de grupos de poder muy importantes. Pero también algunos de los obstáculos son de orden cultural y sobre ellos también la acción de las universidades es fundamental. Los rasgos de dependencia cultural no han permitido adoptar, como en el caso europeo, fórmulas audaces y que demostraran creatividad frente al estancamiento y la crisis de la América Latina. La liberación de esa dominación mental es tarea fundamental de nuestras casas de estudio. Hasta ahora parece ser verdad lo que han sostenido DARCY RIBEIRO¹⁴ y otros autores: que la universidad es una institución política conservadora, que educa de acuerdo con las modalidades dominantes en la sociedad, especialmente de los grupos más poderosos en cuanto a influencia en las esferas de gobierno. Las ideas renovadoras en cuanto al desarrollo latinoamericano no parecen haber entrado en las aulas y SALAZAR BONDY¹⁵ dice que se ha mantenido lo que se denomina la "cultura de dominación". Si esto es así hay un grave cargo de dependencia cultural a nuestras universidades, factor fundamental por remover para encarar con eficacia cualquier estudio de esta naturaleza. Frente al fracaso de nuestras políticas económicas y sociales y estancamiento de los procesos de integración, se hace imperioso revisar los modelos de enseñanza, que no se refieren exclusivamente a lo económico.

14. Leopoldo Zea, "La educación universitaria en la integración latinoamericana", en *Universidades*, México, UDUAL, 1976.

15. *Op. cit.*

El ideal de la integración no se refleja en el modelo comercialista, que involucra sólo a una ínfima minoría privilegiada en cada país. Cualquier otro modelo que se adopte, será en sí un instrumento de cambio y por tanto hay que formar esos profesionales para el cambio, en reemplazo de los actuales que han sido entrenados en la conservación de un sistema de privilegios. No hay mentalidad de cambio posible si no se analiza previamente, y se hace conciencia, el estado de dependencia cultural en que nos encontramos. No es posible construir modelos de integración para el desarrollo, cuando en la mayoría de nuestras facultades de economía este tema es ignorado o se estudia solamente en la formulación clásica. Si no se toma conciencia de esto, difícilmente podrán arbitrarse soluciones dentro de las universidades y su contribución al esfuerzo integracionista será nulo. También DARCY RIBEIRO¹⁶ decía que para cambiar algo hay que tomar conciencia de lo que se quiere cambiar, cuáles son los fines propios y los ajenos a nuestros pueblos, la realidad que estamos viviendo en nuestra región.

En defensa de nuestra universidad debemos decir que esa formación dependiente no es patrimonio único de las casas de estudio, sino de todo el panorama político de los países y que, pese a todo, las universidades siguen siendo reducto, aunque sean sólo bolsones, de un sentimiento progresista que se puede ir desarrollando. Hay que encarar los planes para la paz. Nos sentimos más cómodos enunciando la violencia sin cambios que el cambio sin violencia. La razón, la creatividad, el cambio, deben ser patrimonio común y liderado por las universidades. Su misión es actuar como agente catalítico del cambio y arraigar la idea de la integración. La toma de conciencia común contribuirá a acelerar las decisiones políticas continentales. La universidad debe actuar como aglutinante frente a la disgregación que se ha operado por razones financieras, especialmente la presión ejercida por la deuda externa. Las dificultades políticas surgidas de la profunda crisis que afronta la región, han postergado el tratamiento adecuado de esta cuestión.

Frente al avance de las tendencias panamericanas es indispensable estudiar también las políticas por seguir con la potencia dominante del hemisferio. No sólo este tema es desconocido en nuestras

16. *Op. cit.*

universidades, sino que ha faltado una clase dirigente política que fijara posiciones claras de los países respecto de la interferencia en las políticas nacionales. No se trata de encarar estrategias aislacionistas, imposibles por otra parte, sino de establecer cuáles son las políticas de mayor realismo e independencia para América Latina.

El latinoamericano debe estar perfectamente fundado. Se trata de oponer políticas concretas a otras que vienen impuestas. En todo caso Norteamérica es un socio obligado con el que hay que negociar de igual a igual, ampliando el poder de negociación a través de la unidad. No debemos olvidar que la fórmula de la ALALC que llevó al fracaso la idea de la integración, que era tan activa en 1960, se debió a la influencia principalmente de factores de presión que provenían de las relaciones interamericanas. Un nuevo proceso de integración más profundo, que abra totalmente las fronteras, puede terminar por hacer más fácil la conquista de los mercados locales y del mundo desarrollado.

El alto grado de subdesarrollo y de dependencia constituyen los parámetros ineludibles en los que hay que poner la atención. Pueden hacerse varias lecturas del problema de la identidad cultural de América Latina, pero creemos que es más importante visualizar objetivos idénticos y las trabas que soporta todo intento de integración.

Es fundamental orientar el trabajo de la universidad hacia el análisis de los aspectos cualitativos del desarrollo. En la década de los cincuenta y de los sesenta el papel impulsor de la integración lo cumplió con bastante eficacia la CEPAL. En ese período surgieron valores, ideales, paradigmas, que movilizaron a los pueblos, cosa que no está sucediendo actualmente. El vacío dejado por la universidad en este aspecto es fundamental. Posiblemente si hubiera habido un trabajo común entre todas las facultades de economía de nuestros países, se hubieran logrado proyectos superiores a los que se obtuvieron. Pero la CEPAL batalló sola contra la presión de sectores internos y externos, que lograron cristalizar un proyecto liberal y castrador de la integración. Nuevamente hay que hacer el esfuerzo de levantar un proyecto y hacerlo conciencia, pero esta vez, con mayor experiencia, no permitir que la idea sea sustraída.

La situación que tenemos que confrontar hoy es aún más difícil que la de 1960. Las condiciones de la crisis son más severas, ha aumentado la dependencia y la transigencia de los gobiernos con las

medidas impuestas desde el exterior, tanto por organismos internacionales, como por gobiernos e instituciones financieras internacionales.

Hoy se ha acrecentado la brecha existente con los países desarrollados, algunas experiencias se han frustrado, las soluciones de corte liberal se han incrementado, se ha deteriorado el aparato industrial que se había desarrollado fundamentalmente desde la Segunda Guerra Mundial. La mayor parte de los gobiernos ha aceptado implícitamente que se debe negociar vis a vis con la potencia del norte y que no conviene en estos momentos agitar la bandera de la unidad continental frente a la necesidad de conseguir préstamos otorgados por los organismos internacionales. Ha habido un renunciamiento o una postergación de la independencia política y económica y es necesario que las universidades reivindiquen esos principios. El manejo de los recursos autónomos de los países no es posible si no aseguramos la autonomía de pensamiento.

Si la situación política de nuestra región ha empeorado en esta década, también lo ha hecho la situación de nuestras universidades. No hay posibilidad de una política cultural autónoma en países que han renunciado a ejercer la autonomía, y están renunciando a ejercer la autonomía aquellos países que se resignan a la permanencia de estructuras caducas de recesión y acentuamiento de los privilegios. El nacionalismo, sobre todo en el orden cultural, es uno de los elementos fundamentales de la autonomía. Se han acentuado en estos últimos años los caracteres del atraso: la desindustrialización y el carácter monoexportador, la desnacionalización de nuestras economías que dependen solamente del impulso exterior, la falta de ahorro e inversión propios, las políticas económicas subordinadas, la paralización de los avances científicos y tecnológicos en una dispersión suicida y una baja significativa en los aportes del gobierno a la educación e investigación.

Las últimas experiencias que tenemos hoy en materia de integración son las del tratado de Argentina con Brasil y Uruguay y, desgraciadamente, favorecen más a los grandes capitales internacionales que al desarrollo nacional. Se ha dicho reiteradamente que América Latina está ya al borde de la crisis total y que no habría mañana de no adoptarse resoluciones valientes. Estas aseveraciones se renuevan permanentemente, pero lo inocultable es que la situación ha empeorado y que aun no hemos encontrado la oportunidad propicia para formular nuevas ideas que nos saquen de este marasmo. Si continúa

este estancamiento, el deterioro no será solamente de nuestras economías sino de las instituciones y nuestro acervo cultural. HERVE CARRIER¹⁷ dice que en la educación universitaria hay cuatro objetivos relacionados con el desarrollo: "Ante todo hay que propiciar en todos los miembros de la comunidad universitaria las actitudes morales favorables a las tareas del desarrollo. Hay que elaborar una concepción del desarrollo integral. Se debe colaborar, de una manera o de otra, en algún proyecto concreto con miras al desarrollo, y finalmente, todo programa de acción debe contar con una amplia participación de profesores y estudiantes con miras a ir formando una comunidad universitaria socialmente comprometida".

Todo esto es necesario que comience a operar en las universidades y que pase a ser una política consecuente en todas las casas de estudio. De otro modo, todo trabajo sobre la integración latinoamericana es inútil. La unidad de pensamiento debe surgir de la unidad de esfuerzos de las distintas disciplinas. Sin el intercambio que se puede realizar entre ellas es difícil encontrar un método adecuado para analizar la multitud de problemas que afronta América Latina. La unidad del saber es una respuesta a la dispersión actual de conocimientos. En realidad, estamos tratando un problema de organización de la universidad dentro de un tema como el que se relaciona con la integración latinoamericana. Pero es que en este caso es donde se nota más la ausencia de interrelación entre los estudios.

BORRERO¹⁸ dice que la explosión de conocimientos ha llevado al enciclopedismo y que la fragmentación en la enseñanza ha traído como consecuencia un efecto disociante sobre los símbolos, paradigmas, valores, etc. que movilizan a las sociedades. Se integra un sistema cultural cuando los sectores de la población comparten los mismos valores, símbolos, mitos y creencias y tienen iguales oportunidades de acceso a la educación y al conocimiento¹⁹. Esto es

17. Borrero, Alfonso, Lombana Mariño, Agustín y Gil de Mares, Roberto: "La educación Universitaria en la Integración Latinoamericana". En: "Perspectiva y responsabilidad de la Universidad en América Latina". UDUAL, México, 1977.

18. Borrero, Alfonso, Lombana Mariño, Agustín y Gil de Mares, Roberto: "La educación Universitaria en la Integración Latinoamericana". En: "Perspectiva y responsabilidad de la Universidad en América Latina". UDUAL, México, 1977.

19. Lagos, Gustavo: "La cooperación universitaria y la integración latinoamericana". Revista de la Integración, No. 4, INTAL, Bs.As. 1967.

fundamental para poder comprender el rol de la universidad en la integración. Las primeras argumentaciones que justificaban la necesidad de la integración estaban basadas en razones exclusivamente de tipo económico, mucho más fáciles de entender y sobre todo de transmitir. Al incorporar valores sociales, políticos y culturales, ellos son más amplios y es más difícil lograr que se unifiquen en creencias para todos los sectores.

A pesar de que en América Latina lo que más ha abundado son los diagnósticos, el primer rol de la universidad en relación con la integración es trazar un cuadro de la realidad que se está viviendo. Cada país tiene características singulares y comunes denominadores con el resto. Las características comunes tienen que ver con los rasgos del atraso. A partir de la definición de esos rasgos comunes comienza la elaboración de un programa que enfrente los problemas propios de la universidad, como el atraso científico y los problemas políticos, económicos y sociales por los que atraviesan los países. La universidad elabora planes para los órganos políticos, pero también los propios, pues a ella compete también un papel, que es contribuir a una elaboración permanente de planes concretos para elaborar la ciencia que haga realidad las transformaciones sociales. Hay que tratar de que la universidad emerja con un nuevo rol, dejando la pasividad que la ha caracterizado, ya que tiene prestigio aún para ejercer influencia en la sociedad.

El otro rol es analizar la conformación de los actores en las sociedades nacionales y la inserción de los países en los esquemas internacionales. Países dependientes como los nuestros han estado volando a ciegas con respecto a la realidad internacional. Otras hubieran sido las posibilidades de nuestros países, aún frente a la manifiesta desventaja, si hubiéramos conocido a nuestros contendientes. Hace ya muchos años que hemos sido llamados a la realidad y que se nos ha ubicado en la marginalidad del sistema internacional. En consecuencia, aunque sea para emerger, si ese es el espíritu, es necesario conocer nuestra realidad y la de los demás. La formación de conciencia y la concepción de las estrategias es el otro papel fundamental de la universidad.

Es aquí donde se pone de relieve la importancia de la autonomía de la universidad. La elaboración de estrategias que gocen de consenso es producto de una constante deliberación que sólo puede producirse en libertad.

Los cambios que se han registrado en el mundo han dejado fuera de contexto las ideas que se tenían sobre la inserción internacional de América Latina. Los esquemas tradicionales de una relación con los países desarrollados, han dejado de ser realidad por voluntad manifiesta de ellos y el fenómeno parece irreversible. La cooperación internacional entre los países poderosos en el orden financiero, económico y político es una realidad, mientras que por el lado de los países subdesarrollados la desunión es la regla. La antigua creencia de la autarquía y de la soberanía de las naciones ha sido desplazada por la regionalización, por la creación de organismos comunes con poderes supranacionales, para obtener una inserción más equilibrada.

Posiblemente sea Japón la única experiencia de un país individual con escaso espacio geográfico, que se ha convertido en una potencia. Europa ha resurgido como potencia gracias a la unidad de: Estados Unidos, Rusia y China constituyen verdaderos continentes. Los países pequeños que no lleguen a un acuerdo cediendo parte de su soberanía, parecen destinados a desaparecer con los rasgos de independencia que se supone deben poseer los países soberanos. El nacionalismo, tal como se lo concebía hace unas décadas, no tiene cabida en la actual realidad. Una nueva conciencia integracionista va invadiendo la comunidad internacional, aunque persiste, o tal vez por ello, la división entre países desarrollados y subdesarrollados y el reparto de zonas de influencia. La idea del bloque latinoamericano no es reciente, pero la realidad política de nuestros países parece indicar, que pese a la victoria de las democracias en casi toda la región, se ha retrocedido, por lo menos en la intención de concretarse en breve plazo. La acción de la universidad es más fácil en la medida que no hay restricciones a las libertades, pero es más dura porque el grado de dependencia se ha acentuado y las oposiciones desde el sector externo son mayores.

El estancamiento o el retroceso en la concreción de la unidad latinoamericana se corresponde con un retroceso de las ideas políticas progresistas en Latinoamérica. La inoperancia de la democracia trajo en el pasado una ola de golpes militares que convirtió la región en un gran cuartel, donde el concepto de geopolítica por el uso de la fuerza primaba sobre la idea de la integración consensual. La inoperancia política actual, producto en gran parte de las dificultades económicas y financieras y más todavía por la falta de creatividad política, puede conducir nuevamente a la inestabilidad de la democracia por la presión de algunos grupos.

Un nuevo orden político es necesario para iniciar una nueva gesta. Las actuales dirigencias políticas han dejado un tremendo vacío que debe ser llenado con fuerzas democráticas o de lo contrario esa actitud puede conducir de nuevo a la reivindicación de los autoritarismos. La revolución que se espera hoy no es la violenta, con su secuela de represión que tuvimos en la década de los 70. El fenómeno del autoritarismo es muy peligroso y por tanto las organizaciones que estén en condiciones de innovar deben hacerlo para salvar la vía democrática.

En esta "revolución" latinoamericana la universidad tendría un papel destacado si previamente surge una nueva conciencia en ellas. La idea de la universidad dedicada a conseguir que sea una realidad la integración latinoamericana debe estar relacionada con la idea de una América Latina nueva en el sentido de una transformación política y social.

En un medio político atrasado y sin ideas renovadoras, la universidad debe readquirir su papel de agente del cambio, con claridad respecto a los objetivos, pues en definitiva no todos los modelos de integración conducirían al cambio y, a la ruptura de la dependencia.

GUSTAVO LAGOS²⁰ establece cuatro campos objetivos donde debe comenzar por operar la universidad: la reelaboración de los datos de nuestro pasado común, para proyectarlos a nuestro destino común; el conocimiento de nuestra realidad económica, social, política, de nuestra realidad en su totalidad; la modificación de ciertas disciplinas de los programas de las universidades, en función de la integración; y la elaboración de los modelos prospectivos de nuestro futuro.

Si consideramos que el obstáculo principal que se ha registrado en cada uno de los países es la falta de voluntad política de los sectores dirigentes, hay que crear entre los educadores una voluntad política e intelectual. La universidad está formando profesores del nivel secundario y aún del primario. Si la universidad está desinformada, poco puede hacer para que se transmita la idea integracionista al resto de los niveles educativos. Si la universidad carece de profesores adecuados para el dictado de historia o geografía latinoamericanas,

20. *Op. cit.*

es difícil que pueda lograrse un nivel adecuado de conocimientos en el cuerpo docente de la enseñanza secundaria. Propio de nuestra dependencia, contamos con todos los profesores, aún en exceso, que nos puedan enseñar historia universal o europea, mientras que carecemos de quienes puedan analizar críticamente la vida política y social de cada uno de los países hermanos de nuestro continente.

Mientras al más alto nivel político no se produzcan decisiones que impulsen la integración, la conciencia crítica de la universidad debe impulsar los nuevos ideales, con un alto grado de iniciativa creadora. La universidad es asesora natural de los gobiernos, pero no debe esperar a ser consultada, pues en ese caso en muy pocas oportunidades podría emplear su potencial capacidad. Sobre éste, como en otros aspectos, las universidades latinoamericanas tienen que actuar en forma coordinada, mediante sistemas eficientes de intercomunicación.

En el orden regional este tipo de actividad debe ser programada mediante la creación de órganos que establezcan relaciones inter-institucionales e inter-universitarias a los más altos niveles. Estos organismos deben coordinar la participación en los convenios de intercambio celebrados por las distintas entidades culturales y los gobiernos establecer la prioridad de los temas de las reuniones regionales, para obtener el máximo beneficio de los fondos empleados. Debe tenerse bien presente que esta cooperación es una forma de planeamiento para evitar la dispersión y duplicación de esfuerzos. Poner los recursos educativos al servicio de la causa de la unidad, es aprovechar los recursos escasos que poseemos. Si no es posible poner en ejecución un proyecto para todos los países, puede comenzarse por algunos que ponen en común sus esfuerzos para realizar una serie de investigaciones tendientes a obtener un resultado aprovechable por todos, u ordenar estudios comunes mediante un sistema unificado de educación superior, o coordinar los planes y programas de educación. Puede parecer difícil hacer una reforma en común, pero pasos sucesivos irán llevando inexorablemente a estos resultados.

La Declaración de los principios de Cooperación Cultural Internacional proclamada por las Naciones Unidas²¹ sostiene en su artículo primero que "Toda cultura tiene una dignidad y un valor que deben

21. Cooperación Internacional, "Declaración de los principios de la cooperación internacional", en *Universidades*, México, UDUAL, 1967, núm. 30.

ser respetados y protegidos; todo pueblo tiene el derecho y el deber de desarrollar su cultura; en su fecunda variedad, en su diversidad y por la influencia recíproca que ejercen unas sobre otra, todas las culturas forman parte del patrimonio común de la humanidad”.

Por la cultura, dentro de la diversidad de expresiones, se pueden desarrollar mejor las relaciones entre los países, haciéndole comprender a los hombres las formas de vida y las aspiraciones comunes; todos los habitantes de la región se favorecerán con los logros conseguidos en común. Por la cultura podemos eliminar los rasgos de hostilidad actualmente existentes, crear vínculos permanentes que no podrán ser deteriorados por los intereses creados y que perduren por sobre los conflictos momentáneos que se puedan producir entre los países.

Integración Cultural

La integración cultural comprende una serie de aspectos en los que la universidad podría colaborar. Existen algunos temas relacionados con ideas económicas o políticas, que deberían ser actualizados.

La idea de la integración cultural se ha desenvuelto con baja intensidad. El Grupo Andino tiene suscripto el Convenio Andrés Bello de Integración Educacional, Científica y Cultural. Hubo también una propuesta en la Conferencia Regional de Bogotá: un Sistema de Cooperación Cultural de América Latina y el Caribe, que no se ha concretado. En la ALADI existe vigente desde 1988, un acuerdo sobre libros, películas cinematográficas, discos, videos y obras de arte.

El Grupo de los Ocho, en su Compromiso de Acapulco de 1987, resolvió “procurar que la integración cultural impulse el desarrollo global y la modernización de nuestras sociedades, concertar los esfuerzos para que se adopten legislaciones nacionales tendientes a estimular la producción de bienes culturales”.

En la Declaración de Uruguay de 1988, emitida en la Segunda reunión de presidentes del Mecanismo de Consulta y Concertación Política en Punta del Este, se sostuvo que “el proceso de integración requiere el establecimiento de mecanismos para intensificar la cooperación cultural y educativa de nuestros pueblos y salvaguardar las identidades”, y se propuso la puesta en marcha de un Mercado Común de Bienes y Servicios Educativos y Culturales y la creación de

la Biblioteca Popular de Latinoamérica y el Caribe, un Fondo Latinoamericano para el Desarrollo de la Cultura y el Fondo de Artes.

En 1989, se produjo el Primer Encuentro de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe, que recomendó concertar las políticas culturales, ratificado esto posteriormente en la reunión de Ministros de Cultura del Grupo de los Ocho.

No hubo decisiones concretas ni un impulso decidido, sino enunciados comunes a este tipo de reuniones, pero a la universidad le interesa considerar a fondo estos temas: ¿Qué “bienes culturales” se van a difundir? ¿Sobre qué se va a trabajar en común en América Latina? Existe, superpuesta a la nuestra, una cultura emanada de los países desarrollados que ha tenido enorme gravitación en los resultados científicos y aun políticos. Tanto los órganos políticos —en este caso a través de los ministerios de cultura o educación— como las universidades, pueden concretarse a transmitir las ideologías provenientes de los centros desarrollados, que tienden a lograr una penetración cultural asociada a propósitos económicos y políticos, o crear polos de irradiación sobre determinados aspectos culturales considerados prioritarios y analizados con una visión propia.

Sobre esto, hay una propuesta muy interesante de JOSE LUIS DE IMAZ²² para el estudio conjunto de problemas económicos y políticos, por ejemplo algunos formulados por la CEPAL en la década de los '50 (teoría del deterioro de los términos del intercambio, la relación centro-periferia, el comportamiento del capitalismo periférico) o la actualización de la teoría de la dependencia. Desde luego, esta enumeración no es exhaustiva, pero constituye un buen punto de arranque para la investigación de nuestras universidades.

El debate sobre estos aspectos es muy importante. Tenemos de por medio el fracaso de la integración basada exclusivamente sobre el intercambio comercial; existe la propuesta de un nuevo modelo de integración estructural fundado en el desarrollo conjunto, pero falta el fundamento doctrinario que apunte la integración y que dé la justificación teórica a una política común, no solamente en lo

22. José Luis de Imaz, “Los estilos del pensar”, en *Integración Latinoamericana*, septiembre-octubre de 1989, núms. 149-150.

económico sino también en la modalidad de la inserción internacional. Hasta ahora, las expectativas no han sido satisfechas en ninguno de los campos por falta de voluntad política, pero la universidad puede impulsar la materialización de propósitos con la formulación teórica que obtenga consenso para proponer la estrategia.

Enfrentamos problemas muy serios en este aspecto, por la falta de cooperación real entre universidades, y también por la falta de decisiones políticas gubernamentales. La situación económica, las distancias y las dificultades de comunicación, conspiran contra la materialización de las propuestas. Sin embargo, no son esas las causas excluyentes porque, hace poco tiempo, el Convenio Andrés Bello disponía de recursos y carecía de programas concretos. Sin embargo, repasando el convenio y, sobre todo, los objetivos, no alcanzamos a explicarnos el porqué de ese fracaso.

El análisis de esta frustración y la inutilidad de las declaraciones gubernamentales, nos lleva a plantearnos quiénes son los agentes de la unidad cultural y de la difusión del ideario latinoamericanista. No hay duda de que falta investigación, que no han existido enfoques globales sobre la cuestión, ni se ha trabajado sobre los sectores populares en el ámbito de la educación. Nadie piensa que, entre los países que se integran, deba realizarse una fusión cultural, pero tampoco sabemos precisar los límites exactos sobre los que debe trabajarse para lograr la identidad y un ideario común.

En los discursos, abundantes, se habla de iguales valores, de la hermandad de los pueblos, de iguales sensibilidades frente a problemas internos como la pobreza, o externos como la deuda o la discriminación, pero no se concreta la tarea y sigue predominando la heterogeneidad sobre las afinidades.

“Los hombres de nuestros pueblos no son abstracciones o entelequias, sino criaturas de carne y hueso, que viven en un específico ambiente socio-cultural. Habitan en un territorio determinado e internalizan las pautas culturales de una concreta comunidad, que forma parte, a la vez, de precisos contextos regionales y sociedades globales o nacionales.

“El ámbito de pertenencia de nuestro hombre latinoamericano es múltiple, como lo son sus lealtades hacia su comunidad primaria, provincia o estado, nación, etcétera.

“La primera identidad aparece ligada a la propia tierra y a la propia familia. Una ecología de la cultura (T.S. Eliot) organiza el sistema de las lealtades. De igual manera, no existe una cultura universal abstracta y válida para todos los hombres y para todos los pueblos. Hay una particularización y regionalización de la cultura, a partir de las diversas *culturas nacionales*, que expresan un variado *pluralismo cultural*. Cada nación tiene su propio *ethos* (cultura) identificatorio diferenciado de otras naciones. De esta manera, la cultura nacional define el modo de vida y la unidad de estilo, el pensar y el sentir, el ser y el existir de cada comunidad nacional. Entonces, no se puede hablar con propiedad de ausencia de identidad nacional, porque las culturas generadas por las respectivas comunidades nacionales tienen siempre características diferenciadas.

“Toda variación cultural que no sea adoptada o impuesta es producto de la creación cultural”²³.

Nadie puede negar que la existencia de una nación está condicionada por el hecho de poseer sus individuos una cultura común y que la afirmación cultural de la identidad nacional resulta equivalente a la afirmación de la soberanía en el orden político. Por ello pudo decir Juan Pablo II: ‘Velad con todos los medios de que disponéis por esta soberanía fundamental que posee cada nación en virtud de su propia cultura’. La identidad, pues, no necesita demostración: se impone por evidente²⁴. De igual manera, al interrelacionarse a través del préstamo o la difusión cultural, todas las culturas son fronterizas y la transculturación es una regla histórica. No hay culturas puras o aisladas. La historia de las culturas —dice Uslar Pietri— ‘es la historia del contacto y la mezcla de las culturas’²⁵”.

“En 1987, Argentina y Brasil firmaron un amplio acuerdo de integración, en el que lo cultural ocupaba un lugar tan importante, de tan amplios alcances y de tales posibilidades que me obligan a calificarlo como nuestro ‘gran compromiso’. El famoso ‘Protocolo No. 18’ prevé que, dado que ‘La relación cultural entre los países es

23. Gregorio Recondo, *La Argentina desconocida*, Buenos Aires, Ed. Universidad de Belgrano, 1981.

24. *Op. cit.*

25. *Op. cit.*

un poderoso factor de aproximación, conocimiento mutuo y entendimiento entre los pueblos.

‘Que la existencia de una frontera común entre los dos países promueve fenómenos culturales especialmente ricos y dinámicos,

‘Que la existencia de un admirable patrimonio cultural, convergente en sus raíces históricas y enriquecido por las naturales peculiaridades de cada país, caracteriza y enaltece a las sociedades argentina y brasileña,

‘Que ese patrimonio cultural se debe tornar cada vez más accesible recíprocamente, elevando así el grado de conocimiento y el consecuente entendimiento entre los dos pueblos,

‘Que el estrechamiento de los vínculos de naturaleza cultural entre argentinos y brasileños contribuirá de un modo decisivo a garantizar el éxito del programa de integración;

‘DECIDEN:

“En el marco del Convenio de Intercambio Cultural vigente entre el Gobierno de la República Argentina y la República Federativa del Brasil:

‘Establecer, en una primera etapa, las siguientes áreas prioritarias de acción, en el campo de la integración cultural:

- ‘a) cine;
- ‘b) televisión y radio;
- ‘c) libros;
- ‘d) artes visuales;
- ‘e) teatro y música;
- ‘f) institutos culturales;
- ‘g) recursos humanos’ ”²⁶.

La marginalidad de nuestros países se ha acentuado en los últimos años, hecho constatado por diversos indicadores económicos. ¿Cuá-

26. Haydeé Jofre Barroso, “La literatura en la integración cultural Argentina-Brasil”, en *Integración Latinoamericana*, Buenos Aires, Septiembre-octubre de 1989, núms. 149-150.

les son las consecuencias —sobre nuestros pueblos y sobre el sistema educativo— de este peso de los centros de poder económico y político? ¿Cómo se genera una conciencia de autonomía nacional, mientras capitulan los órganos políticos de los países? La universidad latinoamericana carece, en la actualidad, de la gravitación política que tenía en otros tiempos, pero no podemos asegurar que se trate de una visión utópica el aspirar a que se creen en su seno los elementos teóricos que reforzarían los sentimientos de autonomía de los pueblos. Más claro, la universidad latinoamericana debe aspirar a crear los anticuerpos contra la cultura de dominación que se ha ido conformando en los países más poderosos.

Es curioso constatar que más de siete décadas después de la revolución rusa, y cuatro y media desde la terminación de la segunda guerra mundial, se hayan mantenido los sentimientos autonómicos de los pueblos agrupados en la Unión Soviética. ¿Cómo podríamos aplicar esos ejemplos a América Latina, región sojuzgada en forma tanto o más cruel que los ejemplos que hemos dado?

Si hay un signo común para América Latina, es la arbitrariedad interna y externa. La universidad, considerada como elaboradora de principios de racionalidad y justicia, no ha podido encontrar formas prácticas de encarar un nuevo pensamiento que unifique las ideas de los pueblos. ¿Cómo lograr la transformación política, social y económica a través de la cultura? La forma más concreta sería formulando un modelo de país o de región. ¿Quién debería convocar a esta tarea? La UDUAL podría ser un valioso instrumento, pero requiere un financiamiento ilimitado. Los gobiernos nos plantean soluciones irracionales en relación con los conocimientos científicos. El neoliberalismo, agotado en sus posibilidades de otorgar justicia a los pueblos, acentúa la irritación y el descontento.

¿Cómo conciliar libertad y racionalidad científica? ¿Cómo crear ideales de vida para los pueblos, que se enmarquen en la justicia? ¿Cómo erradicar la irracionalidad del poder para gestar la autonomía, base de todo proyecto de integración?

Pretender que la arbitrariedad del más fuerte se encauce solamente por las leyes del mercado es una temeridad. La democracia sola no basta para derrotar a los pequeños grupos que manejan los intereses económicos, ya sea desde el exterior o en el interior.

Cuando proponemos lograr la autonomía nacional, ya definimos el carácter de nuestra intervención para frenar la arbitrariedad que

proviene de afuera; cuando hablamos de justicia y equidad, nos estamos refiriendo al control para lograr una sociedad justa, a cubierto del poder que ejercen los grandes intereses económicos. Todo estado soberano aspira a gobernarse con su propia ley, a darse su moneda y a controlar los instrumentos de la programación. Todo acto de planeamiento en la vida del país significa aplicar principios racionales que surgen de investigaciones y de una expresión de la voluntad soberana; todo acto de inequidad es irracional. Por eso, la universidad funciona como control de justicia y de equidad y suministra los conocimientos en defensa de los derechos del hombre, de las mayorías que tienen pocas oportunidades de imponer la racionalidad o de fundarla.

No debemos confundir la autonomía universitaria con la autonomía nacional. La autonomía de la universidad es necesaria para que se aboque a la conquista de la autonomía nacional, pero no siempre ocurre eso y es, precisamente, el gran desafío incumplido de la universidad. Es difícil planificar la investigación si no hay un proyecto nacional, pero no es necesario el proyecto nacional para constatar la pérdida de la autonomía y obrar en consecuencia.

La tradición latinoamericana de copiar los conocimientos de los centros culturales del mundo, ha hecho que se ignore la misión fundamental de la universidad en los países atrasados y pobres. No es lo mismo trasladar conocimientos de la física, que pueden considerarse universales, que los principios de la política o de la economía sin la aplicación de principios racionales en relación con el medio.

Tenemos ya un principio aplicable a nuestra universidad en relación con el desarrollo y la integración. Ahora nos ubicamos mentalmente en un pensamiento nacionalista o liberal, partidario de la apertura al mundo. Es muy posible que racionalmente lleguemos a un equilibrio y que ambas tendencias arrojen una síntesis, previo estudio de los casos concretos, más allá de los principios generales. Por otra parte, el nacionalismo económico no debe confundirse con un patriotismo enfermizo que ha sido la característica de algunos movimientos de extrema derecha que funcionaron muy ligados a la actividad política de los ejércitos. Mientras el principio liberal conduciría a acentuar la dependencia, la visión propuesta tendería a una interdependencia que no nos aparte del mundo pero que reserve la autonomía de decisión y permita determinar el propio destino.

La universidad, como instrumento, puede reforzar la dependencia o aportar las bases de una mayor autonomía. Los caracteres de la

dependencia y de la autonomía deben ser redefinidos después de los cuestionamientos que se les han hecho a las teorías. La cultura, como conjunto de valores materiales e inmateriales que promueven el cambio, tiene también influencias externas y necesita de un replanteamiento explícito. Por eso, será necesario un esfuerzo dialéctico para definir los objetivos y alcances de la cultura, de la dependencia, del desarrollo y de la integración.

Podría lograrse en todos los casos una definición neutra y otra racional, acorde con los objetivos que nos propongamos. "El primero de todos es el del concepto de cultura. Nosotros nos hemos opuesto al concepto culturalista de la universidad. Los antropólogos dirán que esto es absurdo porque cultura es todo lo que hace el hombre diferente de lo que se encuentra sólo en la naturaleza. La respuesta es que todo depende de la significación de los términos. Es cierto que el concepto antropológico moderno de cultura es el que acabamos de mencionar, pero no menos cierto es que uno de los sentidos del término "cultura" más enraizados en la tradición universitaria, es el que hemos expuesto en las páginas anteriores. Desde la época del renacimiento se ha considerado en occidente que existe una cultura, que es superior a todas las otras, que tiene valor intrínseco y que el valor de lo humano depende del grado en que los hombres puedan realizar los valores de esta cultura. Y es a través de esta concepción que ha sido posible desviar a la universidad de su misión originaria. Es debido a esta beatitud ante la cultura que se puede establecer fácilmente la cultura de la dominación. Es debido a nuestra convicción de que hay una cultura esencial que hemos sentido la necesidad de copiar la organización cultural de países extranjeros y de organizar nuestras universidades de acuerdo a sus pautas. Y porque creemos en la superioridad de la cultura occidental es que hemos aceptado que sean los científicos y técnicos extranjeros los que nos impongan las pautas de nuestra propia creación científica y técnica, pautas que convienen admirablemente a la conservación de los agarros estructurales que permiten el manejo de nuestra política, de nuestra economía y de nuestra "cultura" a larga distancia. Es pues en este sentido en que hemos tomado la palabra cultura, sentido cuya existencia no sólo no puede negarse, sino que tiene que reconocerse que es el que ha imperado y sigue imperando en gran parte de nuestros medios universitarios"²⁷.

27. Francisco Miró Quesada, "La universidad como generadora de autonomía nacional", en *Universidades*, México, UDUAL, 1976, núm. 63.

En nuestro concepto y en torno al desarrollo y a la integración, el aporte singular de la universidad estaría dado por la interpretación de los problemas que afectan a América Latina. Capacitación, actualización, determinación de objetivos y métodos de análisis, diagnósticos adecuados, seriedad científica, elección de caminos e instrumentos, deben ser la contribución universitaria.

La realidad de los problemas nacionales y regionales debe ir guiando las actitudes. La universidad debería ser la mejor defensora de la cultura nacional, de los recursos del país, de la formación y respeto del ser humano, del bienestar y equidad de la comunidad. La tarea es colectiva cuando se encara por la universidad como conjunto, o individual, cuando el que contribuye en forma protagónica es el profesional formado y orientado por la universidad. En las tendencias actuales, la universidad no ha estado ajena a la crisis del pensamiento y los conocimientos, y actitudes reaccionarias se han afincado sin muchas dificultades. A pesar de ser la universidad bastión de la libertad, la censura autoritaria ha penetrado y alterado el progreso científico.

Las actitudes de preservación no pueden ser parciales, pues el sistema de penetración mediante la difusión cultural es global, y los centros de cultura de nuestros países han bajado la guardia en cuanto a la defensa del patrimonio nacional, incluida la cultura.

AUGUSTO SALAZAR BONDY²⁸ se planteaba: “¿Puede hacerse auténtica difusión cultural, es decir, concientizadora y liberadora, sin chocar con el sistema opresivo de la sociedad clasista y/o totalitaria? ¿Puede lograrse esta meta operando en condiciones de estabilidad social aún a costa del despojo y del sojuzgamiento de las grandes mayorías, y no de cambio revolucionario? ¿Pueden cumplirse las metas de la auténtica difusión cultural, que suscita la participación crítica y creadora de la masa, sin que con ello se ponga en cuestión el orden establecido o se reciba la acción impulsadora de un movimiento de transformación de la sociedad en su conjunto? ¿Puede universalizarse realmente la cultura, lo cual significa la racionalidad en todas sus formas, si el orden social, las estructuras de la convivencia social, no son ellas mismas racionales y no pueden por ende racionalizarse?”.

28. Leopoldo Zea, “Difusión cultural e integración latinoamericana”, en *Universidades*, México, UDUAL, junio de 1975.

La cultura requiere también un Estado y un pueblo celoso de su patrimonio cultural, y la formación de esa conciencia puede ser también obra de la universidad. El pesimismo sobre la posibilidad de una cultura nacional ha sido la nota común en los países latinoamericanos. La universidad no se ha planteado esta tarea, y el refuerzo de la dependencia ha venido impulsado por la crítica situación económico-financiera, que ha relegado a los sectores progresistas de la sociedad.

Este es el campo específico de nuestras casas de altos estudios, que han caído en la atonía frente a un avance del conservadorismo, después de haber sido vanguardia de tantos movimientos reivindicativos y justicieros. Ahora, la sensación de países dominados existe también dentro del ámbito universitario, como parte de un sistema entronizado en las altas esferas de gobierno y de los partidos políticos más poderosos.

Cuando analizamos el modelo de integración como instrumento de soberanía, justicia y liberación, estamos definiendo el rol de la universidad. Lo que hemos expresado en la exposición del modelo que concebimos en nuestra investigación, se confirma en lo expresado por destacados autores latinoamericanos. ANGEL RAMA²⁹ afirma que "todo proyecto de integración cultural latinoamericana tendrá su centro de gravedad en una concepción antiimperialista, que es la forma militante en que los pueblos de la región reivindican su idiosincracia". Por su parte, DARCY RIBEIRO³⁰ sostiene que la universidad, que está insertada en el sistema global de dependencia, no puede actuar románticamente como motor de la revolución social, simplemente como una expresión de oposición, sino que debe arbitrar científicamente soluciones al problema del desarrollo y de su deficiente inserción internacional. Ese es el error de la intelectualidad y de la universidad. Las bellas frases no han hecho avanzar los programas de integración, y nos sumergimos cada vez más en el subdesarrollo. La universidad neutra no ha podido distinguir cuáles eran los proyectos liberadores de América Latina, por eso se ha

29. Zea, Leopoldo: "Difusión cultural e integración latinoamericana". Doc. de Trabajo de la VI Conferencia Gral. de la A.I.U. Moscú, 19 al 25-8-75. En Universidades No. 60, UDUAL, junio 1975.

30. Zea, Leopoldo: "Difusión cultural e integración latinoamericana". Doc. de Trabajo de la VI Conferencia Gral. de la A.I.U. Moscú, 19 al 25-8-75. En Universidades No. 60, UDUAL, junio 1975.

ganado el concepto de conservadora, falta de crítica hacia el sistema dominante.

Los problemas del subdesarrollo, del atraso, de la dependencia, del aislamiento, los compartimos todos los pueblos latinoamericanos y también el resto del Tercer Mundo, que en total constituyen las dos terceras partes de la población mundial. Si nos encontramos aislados es por falta de iniciativa y de acción, por no tener una visión propia del atraso y por no intentar emerger como pueblos independientes. ¿De dónde esperamos que aparezca un pensamiento liberador, si el continente que surgió antes a la independencia fue el nuestro, y es en el que más esperanzas han depositado otros pueblos sojuzgados?

¿La universidad entrevé el futuro, o se ha apoltronado en el pasado?

Para terminar, quiero reproducir una angustiante frase de HORACIO GODOY³¹, que nos debe mover a la reflexión: “O el continente se une o dentro de treinta años seremos como una reserva federal, como un gran zoológico, donde vamos a estar encerrados por alambres y funcionando como “nativos” para que otros pueblos del mundo vean cómo acontecen los golpes de estado militares; cómo no logramos organizarnos, y cómo simulamos que tenemos universidades, pero que en realidad están cerradas todo el año porque hay huelgas, y cómo se habla de revolución, cómo se gesticula, se grita, se acaloran y se emocionan, pero no se hace revolución, y cómo todo sigue igual. América Latina será como una reserva federal del mundo, pagada por algo como el Smithsonian Institute para conservarnos como somos, para que no cambiemos. Van a venir los turistas norteamericanos, los europeos e incluso los de los países socialistas, a ver cómo vivimos nosotros, cómo fracasamos diariamente. Fíjense que cada año fracasamos un poco más y nos van a mantener en el fracaso, porque va a ser entretenido para los turistas ociosos que no tienen ya en qué divertirse. Ahora vienen a ver las cosas folclóricas, después vendrán a ver nuestro modo de fracasar. Y dirán: “Miren estas universidades, qué interesante; están cerradas por huelgas y no funcionan, pero los nativos creen que son universidades”; y otros dirán: “Esperen un momento que para tal fecha está anunciado un golpe de estado en tal país. Los militares van a tomar el poder de otros militares que a su vez se tomaron el poder de otros militares, qué entretenido es todo esto”.

31. Horacio Godoy, *op. cit.*

Definición del modelo de integración latinoamericana

Es muy común en los círculos gubernamentales de los países latinoamericanos, así como en los medios políticos y también universitarios, hablar de la necesidad de la integración latinoamericana en forma genérica sin hacer especificación de objetivos y contenidos.

De no profundizarse en el tema, lo más probable es que se reiteren los errores cometidos hasta el presente y se profundice un vaciamiento de contenido, que por falta de significado, tienda a la desaparición de la idea misma.

La universidad debe indagar acerca de los errores cometidos y de los obstáculos que ha sufrido el proceso de integración desde hace treinta años. En los medios oficiales y tecnocráticos internacionales se ha estado ocultado la realidad de que a través de esta generalización se ha ido liquidando el espíritu integracionista. Si la universidad quiere cumplir una función útil para relanzar la idea debe pensar en caminos más prometedores, que permitan abrigar nuevas esperanzas a los pueblos.

A esta altura la idea de la integración latinoamericana, a la que seguimos adheridos, ha persistido más por la subsistencia de algunos organismos que por la presencia misma de la idea actualizada en el ámbito intelectual y político.

Ante esta crisis de la integración que estamos sufriendo, pareciera una utopía más pretender formular esquemas que introduzcan cambios profundos en los modelos de integración, cuando se están ensayando en todos los países esquemas neoliberales contrarios a la idea del desarrollo integrado. No obstante, nos impele a ahondar el renacimiento constante de la idea, que ha sobrevivido a las numerosas y profundas crisis.

En medio de esta desintegración de los Estados nacionales y del reforzamiento de los lazos de dependencia, se sigue esgrimiendo la idea de una falsa soberanía para resistir a la agrupación de naciones. En la actualidad se intenta confundir el concepto de soberanía y liberalismo económico, cuando la realidad demuestra que son conceptos contrapuestos.

Estados Unidos y los países europeos se han distanciado cada vez más haciendo uso de un proteccionismo que ha perjudicado crecien-

temente a los países del Tercer Mundo. Hace treinta años que la idea de la integración latinoamericana se concretaba en la ALALC. Veinte años después, el fracaso se cristalizaba en el nuevo Tratado de Montevideo que constituyó la ALADI. Desde entonces el mundo ha cambiado en forma vertiginosa. El centro del poder internacional se ha desplazado, dividido, compartido, y América Latina ha seguido postergada, sus círculos políticos más destacados han carecido de percepción y no han arbitrado soluciones al deterioro económico, político, social y cultural, acentuando la desnacionalización.

Todos nosotros hemos podido percibir a lo largo del proceso de formulación y desenvolvimiento del Mercado Común Europeo las crisis y amarguras que se interpusieron a un desarrollo armónico. Todos esos problemas se superaron por la existencia de eficaces conductores que sobrellevaron situaciones más críticas que las que confrontamos actualmente en los países latinoamericanos y que parecieron, en su momento, insolubles.

En América Latina está en juego algo más. Está en crisis la imaginación, el poder creativo. Carlos Alzamora, el ex secretario del SELA, afirmó en 1985³² que otras naciones más jóvenes del Tercer Mundo, por estar mejor concertadas y organizadas, están defendiendo mejor su soberanía e independencia: "No hemos comprendido aún que la negociación del poder político y económico a nivel internacional no pasa por el suplicatorio ni por la invocación al altruismo, sino por la organización de un poder de negociación conjunta y por la ejecución de una estrategia que nos permita ampliar ese poder conjunto con eficacia. Mientras los peligros se amontonan así en el horizonte latinoamericano, nosotros seguimos paralizados por la falta de esa débil estructura institucional latinoamericana, indecisos, tal vez, para empuñar en nuestras manos nuestro propio destino, y lo que es más grave, impotentes para organizar nuestra capacidad de decisión".

No podemos ocultar que a lo largo del tiempo transcurrido han existido aspectos y actitudes positivas y negativas, pero aún permanece indefinido el concepto común de integración que se propugna.

Las élites dirigentes políticas, intelectuales o gremiales no han podido definir en forma convincente los objetivos y los medios para

32. Carlos Alzamora, "La crisis y la capacidad de acción latinoamericana", en *Revista de la integración latinoamericana*, septiembre de 1985, núm. 105.